

TEMPLO HERMANA TERESA

TEMPLO HERMANA TERESA

PAZ PARA LAS ALMAS ENFERMAS
PARA LAS ALMAS QUE SUFREN

"Piedras en el camino"

31/05/2025

“Piedras en el camino”

Queridos hermanos y hermanas

En esta Ceremonia queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que circula con fuerza entre quienes creen en el esfuerzo y la superación personal, y que hoy queremos tomar como punto de partida:

“Los que se mueven suelen encontrar piedras en su camino. Consejo: si no las encuentras, no trates de ponerlas tú mismo.”

Esta frase encierra una gran verdad sobre el movimiento, la vida, los obstáculos y, sobre todo, nuestra actitud frente a ellos. Porque es verdad que el que se mueve, el que actúa, el que busca crecer, transformar, avanzar, crear... inevitablemente se encuentra con obstáculos. Pero también es cierto que muchas veces, por una suerte de autosabotaje, de miedo o de necesidad inconsciente de justificar nuestra inacción o nuestros fracasos, nosotros mismos colocamos piedras en nuestro camino.

Estas palabras que hoy compartimos quieren invitar a una reflexión profunda:

¿Estamos avanzando realmente?

¿Qué hacemos cuando no aparecen los obstáculos?

¿Sabemos caminar sin inventar problemas?

Moverse, en cualquier sentido —emocional, profesional, espiritual, humano—, es exponerse al roce, al error, al juicio, al cansancio. El que decide caminar por su vida con convicción, con propósito, sabe que no todo será llano. Pero lo asume porque lo que hay más allá de la cuesta, del tropiezo o del cansancio vale más que quedarse quieto.

Las piedras en el camino no son algo malo por definición. Son parte del camino. Son las que nos prueban, las que nos enseñan, las que nos detienen a pensar, o las que nos obligan a encontrar nuevas rutas. En ellas hay aprendizaje, carácter y formación.

Lo que sí es grave —y muchas veces ocurre— es cuando esas piedras no están, y nosotros mismos, por miedo al vacío, por necesidad de frenar, o por desconfianza en la calma, las colocamos.

¿Les ha pasado alguna vez que todo iba bien y, de repente, sin razón concreta, sabotearon su propio avance?

¿Que dijeron algo que no debían?

¿Que desconfiaron sin motivo?

¿Qué buscaron problemas donde no los había?

Pues bien, eso es poner tus propias piedras. Y hay que reconocerlo para poder detenerlo.

Hay hermanos y hermanas que, ante la posibilidad de paz, crecimiento o éxito, no saben cómo reaccionar. Se sienten más cómodas en el conflicto, en el drama, en el fracaso, porque han

vivido tanto tiempo allí que se volvió su zona de confort. Entonces, cuando las cosas comienzan a ir bien, sienten una incomodidad inexplicable y, sin darse cuenta, arruinan lo que estaban construyendo.

Esto no ocurre por maldad. Ocurre por miedo. Miedo al cambio, a la responsabilidad de ser feliz, al compromiso con lo nuevo. La piedra que colocamos nosotros mismos en el camino muchas veces es una excusa. “No puede porque paso esto...”

Sí, pero ese “esto” tal vez lo provocaste vos.

Colocar piedras no es siempre un acto consciente. A veces lo hacemos desde nuestros patrones mentales, desde nuestras heridas no sanadas, desde nuestras inseguridades más profundas.

Por eso, mirarse hacia adentro es tan importante como mirar hacia adelante.

Permítannos contarles una historia que ilustra esto que estamos diciendo. La historia se llama “la montaña invisible”

Había una vez un joven llamado Andrés. Vivía en un pueblo pequeño, rodeado de montañas, donde todos trabajaban en el campo y la vida era sencilla pero dura. Andrés tenía un sueño: quería ir al otro lado de las montañas, donde, según contaban los viajeros, había una ciudad con más oportunidades.

Un día, sin más, decidió que era momento de partir. Su familia lo apoyó, le dieron provisiones y lo abrazaron con esperanza.

Andrés salió con fuerza, caminando con entusiasmo.

Los primeros días fueron difíciles: subidas empinadas, frío, animales salvajes. Pero también encontró gente buena, paisajes hermosos y nuevas enseñanzas. A cada dificultad, Andrés respondía con decisión.

Sin embargo, al tercer día, al no encontrar ninguna gran dificultad durante horas, empezó a preocuparse:

—¿No será que me equivoqué de camino? —pensó.

—¿Será que este camino no me lleva a ningún lado, que no es el verdadero? —dudó.

Entonces, para “probar” si el camino era real, comenzó a hacer cosas que sabotearan su avance. Se detenía a propósito, desviaba su ruta, escondía sus provisiones para “ponerse a prueba”. Incluso una vez se hizo un pequeño corte en la pierna para ver cómo resistía el dolor. Quería asegurarse de que “era digno” de llegar.

Pasaron los días y Andrés, sin darse cuenta, había hecho su propio camino mucho más difícil de lo que era.

Cansado, hambriento y herido, se detuvo y se sentó al borde de una ladera. Allí se encontró con un anciano que lo miró en silencio durante un rato y luego le preguntó:

—¿Por qué estás tan agotado, joven?

Andrés contó su historia y el anciano le respondió con serenidad:

—Hijo, el camino ya tiene sus propias piedras. No hace falta que

pongas más. La vida te probará lo justo y necesario. No desconfíes de la calma. A veces avanzar sin dolor también es una bendición. No necesitas sufrir para merecer lo bueno.

Esa noche, Andrés durmió tranquilo. Al día siguiente, recogió su mochila y siguió caminando, esta vez confiando en el camino y en sí mismo, sin necesidad de crear obstáculos. Y sí, llegó a la ciudad, pero más importante aún, llegó más sabio.

Debemos dejar de pensar que si algo no cuesta, entonces no vale. Hay un mito profundamente arraigado en nuestra cultura que dice que todo lo valioso debe doler, que si algo llega fácil, no es bueno, que si nadie se opone, es sospechoso.

Y si bien es cierto que muchas cosas importantes requieren esfuerzo, también es cierto que algunas cosas llegan con gracia, con fluidez, con armonía. Y eso no las hace menos valiosas, sino tal vez más alineadas con nuestro verdadero camino.

A veces, la ausencia de obstáculos es una señal de que finalmente estás haciendo lo correcto, que estás en sintonía con tus valores, con tu propósito, con tu alma.

Entonces, en lugar de desconfiar, agradece.

En lugar de complicarlo, déjalo fluir.

En lugar de sabotearte, confía.

Ahora bien, ¿cómo podemos identificar si estamos poniéndonos piedras en el camino?

Tal vez esta grilla pueda ser de utilidad:

Todo te molesta sin razón clara.

Si sentis que nada está bien, que todo está “demasiado tranquilo” o que “algo malo va a pasar”, puede que estés anticipando un problema inexistente.

Buscas conflictos donde no hay.

Le das mil vueltas a una palabra, a un gesto, a una decisión de otro, y lo interpretas como amenaza, rechazo o traición.

Te postergás una y otra vez.

Tenés la oportunidad de crecer, de amar, de avanzar, y siempre encontrás un pero. Pero ahora no. Pero me falta algo. Pero no estoy listo.

Te comparás constantemente.

Mirá lo que hacen los otros y creés que nunca vas a estar a la altura. Entonces mejor no intentar.

Te saboteás con tus decisiones.

Elegís lo que sabés que no es bueno para vos, solo para justificar tu fracaso después. “Sabía que esto no iba a salir...”

Si te pasa algo de esto, no te castigues. Todos, alguna vez, colocamos piedras en nuestro camino. Lo importante es darse cuenta, frenar y volver a caminar más livianos.

Desde una mirada de Fe —sin necesidad de religiosidad, sino desde la espiritualidad que vive en cada uno—, debemos comprender que no todo lo que fluye es sospechoso.

Muchas veces, Dios ya ha allanado el camino para nosotros, y no lo vemos porque esperamos la tormenta.

¿Y si por una vez creemos que el bien es posible? ¿Que el crecimiento no siempre duele? ¿Que la felicidad puede llegar sin pedir permiso?

Caminar sin poder piedras es también un acto de Fe. Es decir: “Acepto que esto puede ir bien. Que merezco esto bueno. Que puedo vivir en calma. No es ingenuidad. Es humildad y gratitud. Volvamos al principio.

“Los que se mueven suelen encontrar piedras en su camino. Consejo: si no las encuentras, no trates de ponerlas tú mismo.”

Este mensaje no es solo una advertencia. Es un consejo para vivir mejor, más livianos, más auténticos.

No vivamos esperando que lo malo llegue.

No inventemos complicaciones para justificar nuestros miedos.

No saboteemos lo que puede ser hermoso.

Dejemos que la vida, con sus verdaderas pruebas, nos enseñe lo necesario. Y cuando no haya pruebas, caminemos igual. Con alegría, con gratitud, con confianza.

Porque a veces, el mejor aprendizaje, es que podemos vivir bien.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.